RUI ROSENG

USERKAF

EL FARAÓN EN LAS TINIEBLAS

Áurea Ediciones

© Userkaf - El Faraón en las Tinieblas
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Abril 2024
© Rui Koseng / Fernando Tag - Nacho Vera
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan "Nitrox" Márquez
Corrección de textos: Aldo Berríos
Edición de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-71-6
Registro de Propiedad Intelectual: 2023-A-10758



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Agradezco a Fernando, por su creatividad
sin límite y por compartir de manera
incondicional esta aventura literaria.

—Nacho.

A Nacho, por su ayuda de hermano
de otra madre. Que vengan más aventuras.
No sé si ganemos, pero les va a salir
sangre de los dientes después de la lucha.

—Fernando.

Gracias a cada uno de nuestros
lectores ideales: Guito, Carmen Gloria,
Claudio, Julián, José Miguel, Paulo y Hugo.
Nos ayudaron a mejorar la novela
con sus excelentes aportes.
Especiales agradecimientos a
Claudio Echeverría, por su generosidad,
lectura atenta y aportes sobre el mundo egipcio.

—Rui Koseng.

Capítulo I
Ucrania en Llamas



Los bombardeos rusos destruían Ucrania. La ciudad más devastada era Mariúpol, en donde se encontraba el corresponsal de guerra, Fernacho Ruiz, un asiduo informante de campo que había recorrido el mundo entero con sus notas. Había visto todo lo malo y lo bueno que el hombre puede concebir, así como también elementos que solo la guerra produce: el infierno en la Tierra.

El momento no era el mejor. Escapaban de la mira de unos morteros junto a su camarógrafo. Habían captado imágenes contra la humanidad y el material debía ver buen destino. Las balas de metralleta transformaban la carrera en un asunto de fortuna: se podían morir o salvar por los pelos.

Fernacho había estirado bastante el elástico de la suerte.

Si tan solo fueran capaces de llegar a una estructura que los pudiera proteger; pero se veía lejos, a lo menos unos cien metros. Se movían agazapados, cuando en mitad del trecho una bala hirió la pierna del camarógrafo, quien cayó violentamente. Producto de la adrenalina, Fernacho no se dio cuenta y llegó entre balas a resguardo. Fue entonces que, al mirar atrás, vio a su colega tirado, rogando por ayuda.

Calculó el tiempo y los lugares donde impactaban las municiones de los morteros. En esa posición tan desprotegida, a su amigo le quedaban pocos segundos de vida. Soltó su micrófono y la mochila y se lanzó en feroz carrera. Asió al camarógrafo como pudo y lo cargó en sus hombros, comenzando la durísima vuelta. Un proyectil explotó a metros de ellos. Salieron despedidos, cual marionetas.

Algunos minutos después, logró arrastrar a su colega a la estructura sólida. Fernacho le aplicó primeros auxilios, debía lavar y vendar la herida con la escasa agua que tenían. Había sido un desgarro, por lo que la herida dejó de sangrar al aplicar presión en la zona.

Fernacho suspiró y se quedó con su compañero de vocación, resguardándose en completo silencio.

Al segundo día, cuando ya estaban a punto de perder la cordura, se escucharon a las fuerzas locales en un contrataque que logró repeler a las tropas rusas. Fueron llevados de manera inmediata al hospital, donde comenzó la rehidratación y el suturado de lesiones.

Descansaron tres días, antes de ser dados de alta.

Al llegar al cuartel de prensa, Fernacho fue recibido con una ovación de colegas de todas partes del mundo. Su acto de heroísmo no pasó desapercibido, por lo que comenzó una improvisada fiesta. También le pidieron al homenajeado unas palabras solemnes:

—No podía dejar morir a mi compañero de aventuras —comenzó diciendo, para después dirigirse a su camarógrafo—: A pesar de que mi amigo sea un estúpido, el muy imbécil… sóbate la pierna callado… igual te quiero.

Sonrió y todos gritaron un brindis. La emoción era real y palpable. Las horas pasaron y Fernacho ya no sabía lo que tomaba. Una reportera húngara le llenaba la copa cada vez

que la vaciaba. Él se dejó seducir.

—Míster Fernando Ruiz —lo saludó un oficial.

—Lo que va quedando —respondió el héroe de guerra.

—*The commander needs to talk to you* —le pidió que lo acompañara.

Fernacho siguió al oficial al campamento y en un despacho desprovisto de cualquier comodidad, le informaron que la salud de su padre había empeorado. Al principio le costó comprender el mensaje, todavía estaba mareado con la mezcla de alcohol; pero cuando logró enfocar su atención, captó que se le ofrecía un vuelo en helicóptero al aeropuerto militar.

El reportero agradeció partir lo antes posible, ya que la situación apremiaba.

Dos días después, ingresaba a su hogar en Ñuñoa, Santiago. Tocó el timbre y se escucharon los ladridos de Elliot, el pequeño *shi tzu* de la casa. A continuación, fue recibido por un abrazo de Ester, la nana, quien había reemplazado de alguna manera a su mamá. El animalito apenas saltaba, lo vio mucho más viejo de lo que recordaba.

Fernacho quiso saber los pormenores de su padre.

Ester le dijo que llevaba días comiendo apenas, que lo había visto apagarse de a poco. También le contó que había intentado contactarlo muchas veces, pero que su teléfono siempre estaba fuera de servicio. Que cuando lo vio en Canal Once, llamó para que le avisaran en Ucrania.

—¿Está despierto? —preguntó, antes de subir al segundo piso.

—Creo que sí, don Fernacho. Por favor, no lo ponga nervioso al caballero.

—Tranquila, Ester. Gracias por cuidar a este viejo jodido —le dijo con cariño, mientras le tomaba las manos.

—¡Vitoco! –gritó Fernacho, pues así le decían los amigos a su padre.

—Acá, hijo… —respondió una voz débil.

El padre yacía sobre su lecho. Con sonrisa forzada, recibió a su hijo mayor. Fernacho no pudo ocultar la impresión al verlo con un color ceniciento.

Entendió que su final lo llamaba, como una sombra transparente que quizá fuese un alma.

Capítulo II
El Tesoro del Reich



Ese día, Dieter Stolz despertó sintiendo un extraño fenómeno: al tocarse la cabeza, todos sus pelos estaban parados, como si fuera un erizo. Se miró en el espejo. Con agua, gomina y una peineta resolvió la situación.

Pensó que algún científico del Reich, siendo los mejores del mundo, podría explicarle más tarde la razón del efecto electroestático. Pulió las botas hasta verse reflejado en el cuero brillante. Con treinta y cinco años había alcanzado el grado de suboficial mayor de las *Waffen-SS*. Aquella mañana su presencia era solicitada en el búnker más poderoso de Berlín, el que guardaba los tesoros de guerra.

Luego de sortear tres barreras en las que fue inspeccionado con exageración, lo dejaron en la entrada de un pasillo oscuro. Al caminar, las suelas de las botas emitían un ruido que se proyectaba en ecos a lo desconocido. Arribó a la única oficina del lugar, donde la presencia de un oficial con la Cruz de Hierro le obligó a responder con saludo militar. Se miraron a los ojos y el oficial asintió.

—Me gusta su expediente, Stolz. Ha escalado en la jerarquía del régimen. Loable, pero inútil.

—A qué se refiere, señor —respondió Dieter, extrañado.

—La esvástica, los saludos, Hitler y el Tercer Reich…